

Maximiliano retrocedió á su vez y ordenó la retirada, que se hizo con precipitación hasta desaparecer el enemigo por la Alameda y la *Casa Blanca*.

El general Corona mandó avanzar en tiradores al cuerpo de Guerrero y á un piquete de guerrilleros de Guanajuato al mando del coronel Domenzain frente á la *Casa Blanca*, á fin de molestar al enemigo.

Las baterías imperiales protegían la retirada, sosteniendo un vivo fuego.

Era la una de la tarde, la línea estaba recobrada.

Miramón volvía derrotado á sus parapetos merced al fiasco del general Castillo y á la oportunidad conque las reservas llegaron al campo á disputarle los lugares del triunfo.

La victoria lo había saludado en los primeros momentos, y veintidós piezas prisioneras y un número inmenso de bagajes de guerra, le decían que no había sido un sueño su espléndida victoria sobre los campamentos del Cimatario.

La historia guarda los nombres de los héroes de esa jornada aunque los callen los historiadores.

CAPITULO DECIMO OCTAVO

EL SITIO DE MÈXICO.

I.

Porfirio Díaz, después de la batalla de San Lorenzo, había puesto sitio formal á México.

El grueso de las fuerzas con toda la artillería, se situó en la parte Norte de la ciudad.

Tacubaya, Chapultepec y La Piedad, eran guardados por las caballerías.

El general republicano hizo un reconocimiento y comprendió que no era fácil un ataque como el de Puebla, y comenzó á practicar sus caminos cubiertos y paralelas, para llegar á los parapetos enemigos.

Márquez, que había llegado fugitivo de San Lorenzo, se presentó en la casa de Manuel Payno.

—Caballero, le dijo, soy el general Márquez.

Payno no lo conocía personalmente, y sintió esa repugnancia instintiva que despierta la presencia de un asesino.

—¿En qué puedo servir á usted?

—Estoy perdido, y necesito una persona que me hable la verdad, que me dé un consejo sobre lo que debo hacer.

Payno temía pronunciar una palabra delante de ese miserable, que era muy capaz de hacerle ahorcar al día siguiente.

—Hable usted, que está bajo mi garantía.

Entonces Payno le dijo:

—El imperio ha terminado, la situación es angustiosa; no tiene usted, á mi juicio, más remedio que llamar al general republicano, pedirle garantías y entregarle la ciudad; todos los esfuerzos que usted haga son inútiles.

—Pero el emperador va á desaprobarme mi conducta.

—El emperador está en una situación más aflictiva aún.

—¿Y no tiene usted personas que salgan á conferenciar con el general Díaz?

—Las buscaré.

Márquez salió preocupado de la casa de Payno.

Aquel desgraciado estaba en un abismo sin fondo.

Los dispersos comenzaron á llegar.

El presidente del consejo de ministros persuadió á Márquez de que aún era tiempo de sostenerse en el poder, que Maximiliano triunfaría en Querétaro, y que la cuestión se reducía á sostener la plaza.

Cuando la cabeza se ha perdido, la voluntad es una veleta que gira al lado que se le sopla.

Márquez envió á decir á Payno que diera por terminado el asunto que lo había llevado á su casa.

II

La población se animó como por encanto en los primeros días del sitio.

Las azoteas, las torres, los observatorios, todo estaba lleno de curiosos mirando con anteojos á las fuerzas republicanas que circunvalaban la capital.

En medio de esta barahunda, existía un terror pánico en todos los comprometidos.

“Plaza sitiada, plaza tomada,” dice un adagio, y México estaba en jaque, teniendo en su frente esa sentencia.

Para dar más animación, las músicas de los cuerpos tocaban todas las tardes en la Alameda, que se llenaba de una concurrencia numerosa.

Multitud de lindísimas jóvenes y de elegantes paseaban por las calles de esos jardines.

III

—No ha venido mi *osito*, amigo mío, estoy desolado decía un joven rubio, de lentes, á otro bajo de cuerpo y de patilla negra.

—Esta Isabel deja el paseo para la última hora.

—Pueda ser que venga con el rinoceronte de tu suegro.

—¿Y Concha, qué dice, querido?

—Nada, es la mujer de mármol; más sienten esos leones de piedra de la fuente, que esa mujer.

—¿Por qué no haces lo que Porfirio Díaz, estrechar el sitio?

—Esa plaza no tiene trazas de rendirse.

—Atácala: cayó sebastopol.....

—Esta Concha es más formidable que el Cuadrilatero. Estoy por levantar el campo.

—Esa es una cobardía.

—Y cuántos novios lleva ya tu novia?

—Hombre, soy el décimoquinto, cree que no tengo tan mal lugar.

—¿Y la otra?

—¿Cuál de ellas?

Ha llegado, amigo mío, allí viene Isabel; trae una compañera igualmente hermosa.

—Sigámosla, aquí traigo una carta que llora solita; esta mañana la he escrito con las lágrimas en los ojos.

—Tengo un proyecto, dijo el de los lentes.

—¿Cuál?

—¿Quieres robarte á Concha?

—¿Qué barbaridad!

—Hombre, te asustas de nada; luego que entren los nuestros, asaltamos las casas de nuestras novias, afortunadamente son imperialistas nuestros suegros, y tenemos sobre ellos derecho de vida y muerte.

—Mira lo que pasa, y déjate de proyectos.

—Sí, ya veo, es mi rival.

Un joven se acercó á Isabel, que así se llamaba una muchacha de ojos negros y rasga los, de quien estaba apasionado el joven de los lentes.

—Isabelita, está usted encantadora.

—No es el primero que me lo dice.

—Conque sea el segundo, me doy por satisfecho.

—Que sabe usted de noticias?

—Que S. M. el emperador ha vencido en Querétaro; que el ejército ha hecho diez mil prisioneros y Escobedo ha levantado el sitio.

—Que dice usted? dijeron á la vez tres viejos retirados que se hallaban en la misma banca.

—Lo que ustedes han oído, que estamos de enhorabuena, y pronto tendremos á S. M. en las orillas de México.

—Ya lo decía yo, señores, nunca me equivoco, este Porfirio Díaz va á tener un fin desastroso.

—Hay quien contradiga la noticia.

—La contradicen?.....no haga usted aprecio, no hay más que guiarse por lo que dice el *Pájaro Verde*. allí está el evangelio.

—Se dice también que el E. Sr. Lugarteniente hará una salida en combinación con el ejército que ha salido de Querétaro, y el triunfo será completo y definitivo.

—Por supuesto.

Doña Canuta y la esposa de Cantoya paseaban con arrogancia, ostentándose como esposas de las víctimas.

—Canuta, estoy desesperada, ya he disminuido mi ración y no estoy satisfecha.

—Faltan ya los comestibles, eso es espantoso: ayer ha comido caballo mi marido.

—Yo pienso alimentar á Cantoya con ratas, como acostumbra en el celeste imperio.

—Los franceses se comieron todos los gatos de la población.

—Eso es mucho de horroroso, dijo Doña Efigenia en su perpetua manía de afrancesarlo todo.

—El agua de pozo artesiano es insalubre.

—No me hables de pozos artesianos, me parece ver al jorobado Pane sacando agua de su alberca con ese sombrero de parasol; ¡quel chapeau! ¡quel chapeau!

—Amiga mía, la concurrencia es bellísima.

—Charman, charman!

—Si esos disidentes toman la ciudad, qué será de nosotras?

—Ay, hijal dicen que hacen atrocidades!

—Ni nosotros nos libraremos.

—Yo me sepultaré un puñal como Lucrecia.

—Yoen fin, ¡qué barbarité!!

—Señoritas, señoras, dijo un mozalvete dando alcance á Doña Canuta y á la Cantoya.

—Hola! Perico, qué se ofrece?

—Vengo á obsequiar á ustedes con una torta de pan.

—Que felicidad!

—Du pain? du pain? exclamó Doña Efigenia.

—Lo he conseguido á peso de oro.

—Le estimamos á usted su obsequio.

—Y hácia donde se dirigen ustedes?

—Esperamos la noche para ver á O' Horán; nos ha ofrecido poner libres á nuestros maridos.

- Creo que le será muy fácil.
 —Diga usted algo de nuevo.
 —Nada: lo de todos los días, aunque las circunstancias se están haciendo mas críticas.
 —Por qué, Perico?
 —Hoy han saqueado el teatro de Iturbide: se le dijo al pueblo que había una existencia de harina y maíz que se le iba á repartir, y luego que descubrió el engaño, ha hecho una de pópulo bárbaro.
 —La gente se muere de hambre; este general Díaz es un cafre.
 —Como que ya se están dando casos.
 —¡Pobres de los pobres, amigos míos ellos sufren todas las plagas.
 —Hasta los caballos se están escaseando.
 —Tengo un asco invencible á la carne de corcel.
 —Y yo.
 —Pues no hay más que resignarse, porque no hay remedio.
 —Me parece que dentro de poco todos vamos á relinchar.
 —A mí me parece que usted ha comenzado ya, dijo entre dientes Doña Efigenia.
 —He observado que las muchachas tiran coces.
 —Caballero, no nos calumnie usted, dijo Doña Canuta.
 —No ha sido mi intención
 —La gente se agolpa á las garitas impulsada por el hambre.
 —Los disidentes la dejan pasar en bandadas; el general Márquez se quiere deshacer de todo lo que le estorbe, porque él defenderá la plaza hasta morir.
 —Es que nosotros moriremos primero de hambre.
 —La situación terminará bien pronto, el emperador está en camino para México.
 —No lo crea usted, todas son consejas, lo cierto es, dijo el joven, que todo está perdido.
 —Observo dijo Doña Efigenia, que un oficial austriaco me está haciendo el amor: Perico, acompáñenos usted á las casas consistoriales.
 Aquel infeliz Perico tomó del brazo á Doña Canuta, y dejando á la Cantoya con su airecito de coquetuela, pasar por delante, se encaminó al Palacio Municipal en busca del prefecto político Tomás O' Horán.

IV.

El sitio se había estrechado, y los efectos de plaza escaseaban terriblemente.

Los precios eran subidos, y no se encontraban al alcance de la clase pobre, que se moría de hambre

Márquez comenzó por catear las casas de comercio, y concluyó por allanar las de los particulares.

O' Horán era el hombre á propósito para estos actos de despecho y barbarie.

Las propiedades fueron violadas, las personas llevadas á la cárcel, donde se les daba tormento de sed y hambre para arrancarles sus caudales.

Los cónsules extranjeros fueron vejados, y los resortes todos del respeto social relajados y hechos pedazos.

Al hijo de Iglesias, el ministro de Juárez, se le puso en una trinchera sobre la que hacían fuego las baterías republicanas.

A la hija de un propietario llegó á amenazársele con igual atrocidad.

Los ministros imperialistas se habían tornado en enemigos de la administración y la población entera deseaba que Porfirio Díaz entrase á la Capital.

El espionaje, el crimen, la denuncia, el robo, todo estaba á la orden del día, y todo ejercido por mandato de Márquez, que se mostraba tan deforme y horrible como era.

El alma pervertida de ese miserable estaba en la plenitud de sus instintos depravados.

El corazón pestilente de ese hombre se agitaba en las tinieblas de su infierno.

Márquez era ya el blanco de las odiosidades y de las maldiciones.

Aquel pueblo, que rugía de hambre y de miseria pidiendo un pedazo de pan para matar su hambre, y una gota de agua que llevar á sus labios sedientos, lanzaba imprecaciones al asesino de Tacubaya.

O' Horán había hecho grandes acopios para el ejército, en tanto que el resto de la ciudad sufría los horrores del sitio.

La carga de maíz valía cien pesos.

Después todo desapareció.

Las mujeres y los niños lloraban por las calles.

El trabajo se paralizó, y los artesanos vagaban en busca de pan para sus hijos.

El pueblo, ya sin esperanza, volvió su vista á los gobernantes y les pidió alimento en su agonía.

Aquellos gobernantes, cubiertos con la lepra del desprestigio y de la barbarie, oían sus lamentos con indiferencia, y respondieron á esas quejas arancando á los padres de familia de sus hogares, para conducirlos á la muerte sobre las trincheras de la agonía desesperada de sus instituciones.

La ciudad comenzaba á tener un aspecto lúgubre.

El carbón había faltado y se hacía uso de la leña, tomada de los árboles de las calzadas y de los paseos.

El humo reemplazaba el azul purísimo del cielo.

El aspecto de un pueblo hambriento y lleno de harapos, entregado á la desesperación, era espantoso.

Los motines comenzaban á estallar, y los gritos de la rabia se tornarían bien pronto en los alaridos de la sedición.

La tropa, falta de fé, aprovechaba los momentos del descuido para atravesar el campo y presentarse en las filas republicanas.

La multitud hambrienta, no pudiendo ya sufrir lo miserable de su situación, pidió salir de la ciudad, exponiéndose á ser ametrallada como el pueblo de Zaragoza cuando el sitio de los franceses en 863.

Márquez, que como hemos dicho, se había desmoralizado al ver rugir la tormenta que se lo había de tragar, concedió á la gente necesitada libertad para salir, si los sitiadores se lo permitían.

Porfirio Díaz, conmovido ante este cuadro doliente de aflicción, declaró que el campo republicano acogía á todos los pobres y les dispensaba amparo y protección.

La ciudad que se había engalanado cuatro años antes para recibir á los extranjeros conquistadores, yacía triste, abatida, llorosa, con la faz cubierta de vergüenza, encerrada entre los parapetos viendo tremolar á lo lejos en los baluartes republicanos, aquella bandera saludada por sus sonrisas en mejores días!

La virgen indiana, la joven Tenoxtitlán, arrancaba de sus sienas la corona imperial, esa corona que le dejaba una indeleble marca de fuego, un estigma sangriento sobre la frente!

Ayer entre las fiestas báquicas de la conquista, entre las saturnales de la regencia, entre las pompas deslumbradoras del imperio, y ahora sobre las ruinas hacinadas de aquellos castillos y de los alcázares abandonados, llorando á mares sus desventuras!

Pobre deidad arrepentida, cubierta con la ceniza, oyendo en sus templos el solemne canto de las *Salmos Penitenciales*!

¡Pobre virgen engañada! ella tan hermosa, velada por la sombra de sus volcanes, coronada con las rosas siempre fragantes de sus selvas y sus jardines!

Ella, tan querida, tan idolatrada de los que hemos visto bajo su cielo la luz primera y aspirado el perfume de su aliento, la amamos en sus pesares, nos identificamos con sus dolores, lloramos con sus angustias y nos prosternamos ante esa sublime majestad de su grandeza!

CAPITULO DECIMONONO.

UN FAVOR PELIGROSO.

I.

Doña Canuta se presentó en el palacio municipal y esperó á que O' Horán concluyera su despacho.

—Señora, dijo el prefecto político, me tiene usted á sus órdenes.

—Caballero, soy una mujer desgraciada.

O' Horán no respondió.

—¿No me ha oído usted, caballero? ¡soy muy desgraciada!

—¿En qué le puedo servir á usted?

—En nada si usted se niega, en todo si á usted le place.

—Hable usted, señora.

—¿Usted sabe la falta que hace un esposo?

—¡Qué señora tan rara! pensó O' Horán.

—Su falta es inmensa.

—¿Y bien?

—Usted tiene preso al mío.

—¿Su nombre?

—Modesto.

—¿Y su apellido?

Fajardo.

—¡Ah! dijo el prefecto, ya tengo conocimiento de esa causa; el fiscal opina que no hay mérito para la formación de ella, pero tengo informes de que su esposo de usted es un hombre peligroso.

—No lo crea usted, señor prefecto, es el ente más majadero.....es decir, es una persona pacífica.

—Buen modo de defender á su marido, murmuró O' Horán.

—Yo necesito que usted lo haga comparecer y lo ponga en libertad.

El prefecto agitó la campanilla.

Que traigan á Don Francisco Farnesio.

—Fajardo, señor.

—Ya lo oye usted, dijo O' Horán.

Mientras el ayudante salió á conducir al reo político, la señora Fajardo dijo trágicamente: ese hombre había nacido para ser diplomático y no conspirador, se casó conmigo por

los años de veintiocho, tuvimos varios hijos malogrados y solo nos vive una niña encantadora. Fajardo es el padre más bonachón, es caballero de la orden de Guadalupe y su mal consiste en no llevarse de mis consejos; ¡porque yo le hubiera conducido tal vez á la inmortalidad!

O' Horán oía con extrañeza la sarta de disparates que salían de aquellos labios incansables!

II.

Entre dos gendarmes apareció la figura interesante del diplomático.

—Que se retiren los gendarmes, dijo O' Horán.

Los gendarmes se retiraron.

Don Modesto le tenía un miedo terrible al prefecto político.

—Señor de O' Horán, yo soy aquel á quien denunció el teniente Estrada y cuya acusación no ha podido probar.

O' Horán, que era hombre de mundo, comprendió á primera vista que aquel personaje no podía ser conspirador; no obstante probó á examinarlo.

—¿Qué oficio tiene usted?

—Diplomático.

—¿Ejerce usted?

—En los asuntos domésticos, nada más.

—Bien. Ha reconocido usted el imperio?

—Soy caballero de la orden de Guadalupe y padre legítimo de una dama de honor.

—¡Ah! dijo O' Horán, recordando las mil anécdotas que corrían acerca del infortunado Don Modesto y el cariño que la emperatriz Carlota le profesaba á su hija.

—Usted ha dicho ¡ah! señor prefecto.

—Ya sé quién es usted.

—Ese ¡ah! me hace creer en que usted me dispensará la justicia que reclamo; no, no exijo mucho, que se me ponga en libertad, se me pagen los daños y perjuicios y se castigue severamente á mi acusador.

—Es bien poco.

—Yo imploro por él, dijo Doña Canuta.

El diplomático había entrado tan emocionado, que no conoció á su esposa.

—¿Con qué permiso te presentas ante las autoridades de imperio?

—No lo necesita una mujer que reclama la devolución de un objeto conyugal.

—Dispense usted, caballero, el dolor enloquece á mi esposa.

O' Horán comprendió que aquella pareja no tenía un átomo de sentido común.

—Señor de Fajardo, dijo el prefecto, va usted á salir en libertad.

—¡Oh!.....¡ah!.....¡barón generoso!.....¡salvador de la diplomacia!

—Caballero, exclamó Doña Canuta, no está usted al alcance de lo que ha hecho con esa acción digna de los Gracos y de los Brutos.

—Bien, bien, interrumpió O' Horán; pero hay una obligación que cumplir.

—Como no sea atentatoria á mi honor, estoy dispuesto.

—Yo espero, caballero, dijo Doña Canuta, procurando no ruborizarse, que usted no exijirá que.....

—No, señora, yo no exijiré otra cosa que el que usted salga inmediatamente de la capital.

—¿Pero usted ignora que los disidentes la tienen circunvalada?

—No importa, daré á usted pasaporte y se le franqueará la salida por Chapultepec.

—¿Y si disparan las piezas?

—No hay cuidado, eso no vale nada.

—El disparo, efectivamente, bien poco vale; pero el proyectil puede resar algo.....

—Esa es la condición, caballero.

—¿Y puedo salir con mi esposo?

—Sí, señora, y no hará usted cosa mejor.

—Espero las órdenes de usted.

O' Horán mandó extender la orden y la entregó al señor Fajardo, que haciendo una profunda caravana al prefecto político, salió del brazo con su esposa saludando el aire de la libertad.

III.

Llegó la pareja á su casa habitación.

El diplomático estrechó con efusión á su hija.

Aquella infeliz criatura amaba tiernamente á su padre, y ya habrá notado el lector cuán retribuida estaba, porque Don Modesto no tenía más ídolo que su hija; con decir que merced á ese cariño había proporcionado ciento veintitres pesos al teniente Estrada, está dicho todo.

Enz lloraba de ternura.

—Vamos, hija, decía, el diplomático acariciándola, te prometo darte gusto en cuanto quieras y no oponerme jamás á

os instintos de tu corazón; quiero que seas feliz por completo, ya he sentido remordimiento alguna vez, por haberte obligado á hacer ciertas cosas, que ahora conozco no estaban en el orden.

—Fajardo, interrumpió Canuta, dispongamos el viaje, que al amanecer debemos dejar la capital.

—¡Sí, esposa mía, el ostracismo es horroroso!

—¿Será cierto que vamos á partir? preguntó Luz alborozada.

—Salimos desterrados, hija mía, por una orden despótica de ese bajá de tres colas. Han conocido que soy republicano, que puedo dirigir y combinar una conspiración que eche por tierra al imperio.

Luz movió la cabeza, como quien desespera de que una persona tenga sentido común alguna vez.

—Pondré, dijo Doña Canuta, alguna ropa en los sacos de noche, y haremos enganchar muy temprano los caballos.

—¿Y marcharé con ustedes? preguntó Luz.

—¡Pues no faltaba otra cosa! ¿cómo te habíamos de dejar abandonada?.....¡saldrás!.....sí, y bien que saldrás, primero se me guillotinaría que consentir en.....

—Vamos, Fajardo, no perdamos el tiempo, y la autoridad política tome una providencia brutal.

—Ya la tomé al encajarme en la Martinica; ya le diré al General Díaz todas las tropelías que se han consumado en mi persona, yo levantaré la voz muy alto en el campo de los míos.

—Modesto, aun estamos en terreno de la corona.

—Ya esa corona no durará más que una luz de Bengala.

—¡Silencio, eres un imprudente!

—Dices bien, esposa mía, dispongamos el equipaje; arréglate, Luz, ya verás cómo se nos recibe en el campamento, estoy seguro de la buena acogida. Porfirio es todo un caballero.

IV.

Luz había sabido que el General Eduardo Fernández estaba acantonado en Tacubaya y tenía la certeza de encontrarle.

Una ausencia de cuatro años terminaba providencialmente.

La joven enamorada se sentía feliz, completamente dichosa, iba á ver á Eduardo, al hombre de su corazón y de sus amores.

¡Pobre niña! había llorado tanto que el cielo se compadecía de sus angustias, aproximando un momento tan suspirado. Pasó la noche soñando en Eduardo, viendo el retrato, leyen-

do las cartas, besando las cenizas de las flores, haciendo todas esas extravagancias hijas de un cariño leal y generoso.

Luego que amaneció se puso á rezar y á encomendarse á la Virgen María.

Después de arreglar su ropa, tomó todo su equipaje *amatorio*, lo hizo un paquete, se puso el relicario y el anillo de ordenanza y entró con sus padres en el carruaje, que partió rumbo á la calzada del Emperador.

—Señor, dijo el diplomático al jefe de la trinchera, voy al campo republicano.

—¿A alguna misión importante?

—Ese es mi secreto.

—Traerá usted orden.

—Aquí está.

Por la redacción comprendió el jefe que Don Modesto salía lanzado, por mandato de la autoridad.

—Pues salga pronto, porque voy á dar el cañonazo de saludo.

—Tenga usted la bondad de no saludar á cañonazos.

—Es de ordenanza.

—Pues con permiso de la ordenanza y de S. M. Carlos III, su autor, usted nos dispensará el favor de que nos alejemos antes del saludo.

—Salgan inmediatamente.

La carreta partió á escape.

El jefe del punto, por *diversión*, mandó hacer fuego sobre el carruaje.

Esto había acontecido muchas veces por mandato de Márquez.

—¡Somos muertos! gritó Don Modesto y se arrojó por la portezuela.

Doña Canuta y Luz estaban temblando.

—¡Bájense ustedes! ¡bájense pronto! clamaba el diplomático.

—¡Sube, hombre!.....¡sube!.....

—¡Arriba, papá! gritó Luz.

—¿Estoy herido de arriba? ya me lo temía, he sentido una bala zumbiar por la copa del sombrero.

—Que suba usted pronto, señor.

Don Modesto, repuesto del susto, subió al carruaje.

—¡Por poco nos asesinan estos bandidos!

V.

La avanzada de la *Casa Colorada* salió de la fortificación y dió el alto á Don Modesto.

—Los caballos se detuvieron.

—¿Quién vivé? gritó el sargento republicano.

—¡Gente de paz!

—¡Echate abajo!

El diplomático saltó como una corza.

—¿De dónde vienen?

--De México.

—Me alegro, ¿qué dejaron por allá?

—Todo perdido, desmoralizado, en disolución, el imperio está en agonía.

—Pasen ustedes y preséntense al jefe de Chapultepec para que los lleve con el General Díaz.

—¡Ah! dijo el sargento, ustedes no se habrán desayunado.

—Efectivamente, ya en la capital no hay que comer.

—Que avance el *ranchero* con un jarro de leche y tres tortas de pan para los señores.

—Canuta, ya te lo había pronosticado, esto es espléndido, es maravilloso!

El sargento obsequió á la familia con un opíparo desayuno.

Luz estaba rebosante de felicidad.

Luego que concluyeron, Don Modesto sacó un par de pesos y se los ofreció á la tropa.

—Señor, dijo el sargento, esta no es fonda, está usted entre los republicanos.

El diplomático le dirigió un discurso, é insistió en que tomasen la propina.

Los soldados, por no desairarlo, se dividieron las monedas, y escoltaron el carruaje hasta Chapultepec, dieron un adiós á los viajeros y un viva á la libertad.

VI.

Llegaban al frente del castillo, antiguo alcázar de Maximiliano, cuando el general Fernández atravesó á escape con su regimiento.

Luz reconoció á Eduardo é involuntariamente dió un grito de alegría, y estrechándose al corazón de su padre lloró sin poderse contener.

El general y el regimiento desaparecieron entre una nube de polvo.

Por el rumbo de San Cosme se dejaron oír los disparos de la artillería.

—Algo pasa, dijo el diplomático, y mandó al cochero que avanzase violentamente rumbo á la ciudad de los Mártires de Tacubaya.

CAPITULO VIGESIMO.

LA NOCHE TRISTE DE MAXIMILIANO.

I.

Estamos en la noche del 14 al 15 de Mayo de 1867.

El emperador Maximiliano está sentado en una silla de camapaña, en la apartada celda del convento de las Cruces.

Sobre una mesa están unos papeles esparcidos y en desorden.

El archiduque tiene su frente apoyada en una de sus manos y parece profundamente preocupado.

En aquel sitio oscuro donde se respira un ambiente tétrico de ascetismo, se parecía al rey cenobita, al inmortal Carlos V su antepasado en el monasterio de Yuste.

Aquel hombre adolecía de una tristeza espantosa.

El horizonte de su vida se envolvía en una noche sin término y su corazón paralizaba sus latidos á los embates de la pesadumbre.

Semejante á Carlos II el Hechizado, le inquietaba el más leve rumor, y se estremecía á la detonación tardía de alguna pieza disparada en los lejanos baluartes.

Levantóse pausadamente y comenzó á pasearse á lo largo del aposento.

El rayo de la luna penetraba por la ventana que daba á un corredor y alumbraba la estancia con una luz fosfórica y trasparente.

Había pasado media hora de ese silencio contemplativo y misterioso cuando se oyeron pasos en la escalera.

Maximiliano encendió la bujía y esperó.

Abrióse la puerta y un alemán de la servidumbre anunció á una persona cuyo nombre ha recojido la historia y nosotros no consignaremos en estas páginas.

El personaje anunciado al Emperador Maximiliano, era un hombre de estatura regular, algo grueso y cargado de hombros, rubio, de bigote, cari-redondo, ojos azules con la mirada solapada del gato, frente ancha, los pies y las manos detormes, la nariz pequeña y bien formada.

Llevaba un uniforme azul, kepí con una corona imperial